

Arcoiris imperfecto

RUBÉN DON

I

Me harté de esperar. El reloj marcó pasadas las cinco. Miré con hastío las manecillas. Una relación insalubre se formó entre el teléfono, el segundero y el cuadro al óleo con frases surrealistas colgado en la pared roja. Pasé más de diez minutos formando una línea con la orilla de la credencial de elector. Como queriendo y no. En eterna espera. Vana espera. Por si acaso el teléfono decidía hacer ring en el momento preciso. Sorbí hasta el fondo. El polvo de Dios tomó posesión de mí. De nuevo miré el cuadro colgado en la pared roja y en un déjà vu fascinante te vi pintando. Consultabas las frases surrealistas de un viejo libro de André Breton que alguna vez robé de la Biblioteca México. Te sugerí que pintaras algo realista, que usaras otra técnica: el muralismo podría estar bien, dije. Tus ojos radiaron palabras que no entendí. El timbre del teléfono sonó. Volví del pequeño viaje. Levanté la bocina con incredulidad. No me equivoqué: tu voz se distorsionó mucho más grave de lo que pensaba.

II

Cogí un abrigo corto. Eché doble llave a la puerta. Caminé entre las calles del centro y me pareció ver tus pupilas en cada par de ojos que me cruzaba. Dudé si había dejado el mensaje acertado en el contestador, si había dictado a la máquina el número correcto de mi celular. Crucé las puertas del Bar Gante y Osvaldo ya esperaba en una mesa del fondo, cerca del televisor. Detrás de mí llegó Carlos. Pedimos una ronda de cerve-

zas. Pasamos cerca de cuarenta y cinco minutos hablando de asuntos que me parecieron poco trascendentes. En el televisor comenzó un partido del Real Madrid al que poco prestamos atención. En la mesa contigua un par de extranjeros bebían cerveza oscura y la botella me recordó a ese cilindro extraño dibujado en el cuadro surrealista de mi pared roja. Carlos preguntó cómo iba todo. No supe qué responder. Fue más específico cuando preguntó si sabía algo de ti; negué con la cabeza. Osvaldo trató de aminorar mi tristeza preguntando si ya había vendido algún cuadro, moví la cabeza negativa-mente por segunda vez. Se formó cierto silencio en la mesa. Ahora sí decidimos concentrarnos en el televisor. El cuadro merengue goleaba cuatro a uno. Osvaldo pidió otra ronda igual. El árbitro silbó el final del partido e inmediatamente los pocos parroquianos que habitaban el bar dejaron de prestar atención al televisor. Carlos comenzó a contar que la noche anterior había ido al Péndulo a ver tocar a un trovador que tanto le gustaba. Tuve ganas de responderle que La Condesa apesta. Pero me detuve. Recordé que ahí vi por primera vez tu exposición. Te perdías entre la gente que asistió aquella tarde a la inauguración. Fue en ese café-galería del cual he olvidado el nombre. Sólo recuerdo que se ubica frente al Parque México. Las hojas de los árboles, la mayoría en el suelo por culpa del verano, revoloteaban con el aire vaticinando una tormenta. Estabas en una esquina, sola, fumando un cigarro con ansiedad, deslizando tus dedos al aire, entre los cabellos imaginarios que no tenías en tu cabeza rapada. Te veías tan simple con tu falda gitana y tu suéter con cuello redondo. Gente pretenciosa pasaba frente a ti, te ignoraba. Me acerqué para preguntarte si tenías idea de dónde se encontraba el sanitario; en la planta alta, respondiste, ven, te lo muestro.

Le pregunté a Osvaldo cómo iban las idas al siquiatra. Respondió que bien, que ahora exploraban el mapa mental de su vida. Confesó haber descubierto un interminable abismo de introspecciones que hacía años no le dejaban en paz. Recuerdos que se repetían vagamente a través de las personas, de los objetos. ¿Objetos?, pregunté. Objetos de la vida cotidiana, dijo él, de esos que están presentes a tu alrededor, en todas partes. Por ejemplo, dijo que con la ayuda del siquiatra se había dado cuenta que cuando manejaba su automóvil sostenía con exagerada fuerza el volante, o la palanca de velocidades. El siquiatra lo asoció con el abuso de autoridad que probablemente pudo haber ejercido su padre sobre él antes de su muerte. Cómo no, si era general, reconoció Osvaldo. Volví a pensar en el contestador, en mi mensaje grabado antes de salir. Solicitamos otra ronda, pero esta vez pedí un Vodka Tonic. Seguí con la mirada a la extranjera que se levantó de su lugar y se acercó a la rocola ubicada a un costado de la barra. Programó una canción de Caetano Veloso y me pareció

tan raro que hubiese una canción del músico brasileño en el aparato.

III

Salimos del bar y el aire apremiaba. Corría un viento ríspido que amenazaba convertirse en lluvia pronto: como aquella tarde de tu exposición en la Condesa. Una estatua humana parodiaba a Chaplin en la esquina de Gante y Madero. La gente se aglutinaba a su alrededor, pero nadie le arrojaba una moneda. Carlos hizo un comentario a Osvaldo sobre la fortaleza que estas gentes tienen para soportar tantas horas en la inmovilidad. Suelen ser estudiantes de arte dramático, dijo Osvaldo. Seguimos por Madero. La calle semejava un extraño happening entre los aparadores cuyas luces resplandecían hasta el filo de la banqueta y las sombras trans-grediendo ese resplandor. Calculé que esa noche volverías a casa. Siempre regresabas exactamente a la semana. Dudé dónde habías elegido esta vez para huir: el piso de tu amiga Karla cerca del Parque México, o la casa de Efraín en esa oscura cerrada Anatole



Adolfo Mexiac

France de Polanco. Me di cuenta que la noche había cobijado pronto cuando Carlos entró a un cajero de la calle Palma y la luz del cubículo era la luminosidad más amplia de toda la cuadra.

IV

Cruzamos las puertas estilo viejo oeste de La India. Ocupamos la mesa del fondo, cerca de la rocola. Osvaldo pidió una ronda de tres bolas de cerveza clara. Carlos se levantó y en tres o cuatro minutos regresó después de haber programado una canción de Joaquín Sabina. Preguntó cuál era la ausencia más grande con la que cargábamos en la vida. Osvaldo dijo que la de su padre. Yo no supe qué responder. Encogí los hombros. Di un fuerte trago a la bola y encendí un cigarro. Pensé en la primera vez que fui a tu estudio de la calle Orizaba. Qué lindo, a pocas cuadras de Álvaro Obregón, dije y me sentí tonto. No era el típico estudio de una artista. Había tres plantas cerca del ventanal y los caballetes estaban bien alineados: demasiado perfecto, para que me entiendas. Un gato ronroneaba en el sillón individual color azul que descansaba junto a las mace-tas. Sobre la mesita de madera, con únicamente tres patas, descansaban los tubitos de óleos y la paleta. Y en un pequeño librero descubrí libros de Camus, Artaud, Sastre, Balzac y García Ponce. Fui el primero en llegar a la fiesta. Tuviste tiempo para mostrarme algunos cuadros en los que venías trabajando en las últimas semanas. Me llamó la atención que pintaras varios proyectos a la vez. Al poco rato no cabía una sola alma. Te perdí de vista un par de horas, mientras conversaba con otros pintores, amigos con los que habías estudiado en La Esmeralda. Cuando te encontré, bailabas Beatles con algún invitado. Me gustó tu cabeza rapada, la forma en que movías los brazos.

V

Tomé la papeleta de la cuenta entre mis manos antes que ellos y pagué con un billete de doscientos pesos. El mesero me miró con ojos de odio cuando se percató que de propina sólo deposité una moneda de cinco pesos sobre la mesa. Caminamos hasta Cinco de Mayo donde Osvaldo había estacionado su vehículo. Las calles del centro comenzaban a alumbrarse de nuevo por los antros que ofrecían un algo entre sus paredes. Pregunté si les apetecía ir al Alicia para escuchar a San

Pascualito Rey. Carlos dijo que probablemente ya habían tocado, que eran las once y él sabía que el toquín comenzaba a las nueve. Encogí los hombros. Miré mi cabello desacomodado en el espejo retrovisor. Revisé el celular por si caso habías llamado y yo no me había dado cuenta. Carlos, sujetando el volante con ambas manos, mirando de vez en vez por el retrovisor, confesó sentirse sorprendido de que hubiese aceptado salir con ellos, siempre estás encerrado, pintando, dijo. Ahora sólo pinto con intermitencia, respondí. Déjalo, intervino Osvaldo, así son los artistas, trabajan con mucha cabalística. No entendí lo de la cabalística. Quise refutar el comentario pero pensé que sólo nos envolvería en un altercado propio de las cervezas con las que ya cargábamos en el estómago. Metí la mano al bolso izquierdo de mi abrigo corto y apreté el celular, por si acaso llamabas y no lo escuchaba, así podría sentir el vibrador. Quiero comprarme una puta esta noche, dijo Carlos. Sus ojos me interceptaron por el espejo retrovisor. Le noté auténticas ganas de estar con una mujer. Le dije que doblara en Avenida Hidalgo, que siguiera hasta donde comenzaba San Cosme, a la altura del metro Revolución. Encontramos un grupo de travestis que tenían al descubierto sus senos falsos; y tres o cuatro putas, visiblemente deterioradas por el frío de largas noches, que no le agradaron a Carlos. ¿Cuánto estás dispuesto a gastar?, preguntó Osvaldo. Hasta quinientos pesos, balbuceó Carlos. El clásico presupuesto clasediedero, dije mientras miraba a través del vidrio y una puta pasada de peso, con los pechos apretados por una mínima blusa azul, me hacía señas desde la ventana. Terminamos en Sullivan. El tráfico apremiaba. La demanda superaba a la oferta. Formados un carro tras otro, una chica de cabellos rojizos y ojos profundamente negros me miró. Pensé en tu mirada. En cómo se te dilataba la pupila cuando te enojabas. Aún tengo fresco el recuerdo de la primera vez que peleamos. De la primera ocasión que te ausentaste ocho días. Al quinto día, viernes, tuve la ocurrencia de buscarte en tu estudio al cual había dejado de ir casi después de que te mudaste a mi departamento. Desde la calle se veía gente en el balcón. Respiré hondo antes de pisar el primer escalón del edificio. Puse mi mano derecha sobre la baranda y ésta me temblaba. El ambiente apestaba a alcohol y marihuana. La gente, ida, bailaba Better Sweet Symphony. Alguien apagaba la colilla de su cigarrillo en uno de

tus cuadros. Sentí rabia, más tarde defendiste la acción argumentando que te agradaba que transgredieran tus obras. Busqué tu cabeza rapada en medio de la gente que bailaba. Traté de abrir la puerta del baño pero estaba atorada. En la habitación desocupada, ésa que tenías planeado convertir en biblioteca, alguien cocinaba un poco de coca en una cuchara. En una de las paredes habían escrito la frase Say No More con óleo rojo. Escuché como los latidos de mi corazón se aceleraron en franca advertencia. Abrí la puerta de tu recámara: al descubrirte desnuda, me volteaste a ver con una insinuada sonrisa en los labios, con tu cara de maldad. El tipo recostado en la cama, medio borracho, o medio drogado, quizá ambas a la vez, trató torpemente de esconderse bajo la sábana blanca.

VI

Carlos se mostró desconcertado pero visiblemente ansioso con proseguir en la cacería de putas. Como última opción les ofrecí visitar una casa de citas que conozco en la Roma. Pero ambos prefirieron que entráramos a un table dance ubicado en Insurgentes. Un par de gorilas nos revisaron antes de cruzar la cadena del establecimiento. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la poca luz y el azul neón hizo brillar los botones de mi abrigo corto. El mesero nos ofreció mesa de pista. Cuando mi vista se había ambientado, un enorme culo se movía frente a mí. El olor a perfume y hielo seco penetró en mis fosas nasales. Encendí un cigarro. El humo, sinuoso, viajó hacia adelante, hacia el prominente culo de la chica que bailaba One de U2. Después me distraje observando cómo una pareja de lesbianas se besaba y acariciaba en una mesa del fondo, cerca de la barra que parecía una pecera. El ambiente simulaba ser perfecto, todo parecía perfecto: los ojos atentos recorriendo los contornos de una piel hastiada de tantas miradas. Pregunté al mesero por los sanitarios y me señaló unas escaleras. Subí. A la derecha la chica que acababa de bailar se duchaba bajo una regadera, rodeada por un cristal transparente que emitía esa luz rosa neón. Todo neón. Con su mano derecha acariciaba sus pechos, con la izquierda se tocaba la entrepierna. Levantó la cabeza y sus pestañas parecían dos enormes paraguas. Lindo pez, linda pecera. Me encerré en el último cubículo. Preparé una delgada línea en la caja del inodoro. Jalé mitad por la fosa nasal izquierda, mitad por la derecha. El polvo de Dios corrió

presuroso hasta el lugar más recóndito de mi cerebro. Miré con gracia un letrero pegado en la pared que rezaba: Prohibido ingerir sustancias ilegales, se consignará a las autoridades competentes. Jalé la palanca y tuve la sensación de que la noche se iba entre el remolino de agua. Cuando regresé a la mesa Osvaldo miraba atento a la mujer en turno. Pregunté por Carlos. Me señaló el fondo del establecimiento. Bajo una breve luz, cierta teibolera colocaba sus pechos en la cara de Carlos. Éste se hundía en ellos. Concentré mi mirada en la V que la rubia en turno formaba abriendo sus largas piernas sobre la pista. Me sentí ahito. Recordé nuestra última discusión. Dos días atrás me había parecido estúpida. Ahora sólo me parecía natural, coherente. Ocurrió cuatro meses después de mudarte a mi piso. Justo hace ocho días. Insistí que parecía contradictorio que pintaras formas abstractas escuchando música de Mahler. Quizá sentí celos de las formas perfectas que delineabas con el pincel manchado de un cian que yo mil veces había querido lograr mezclando infinidad de colores sin conseguirlo. Miré el cenicero atestado de cinco o seis colillas de marihuana. Dijiste que no buscabas la perfección, que el mundo no era perfecto, que el mundo no giraba alrededor de mí, que yo era insignificante ante el mundo, que mis cuadros intentando retratar la realidad urbana eran pura basura estética, que tratar de comprender el mundo no estaba en tu catálogo de prioridades, que estabas harta de mis referencias estéticas tan decadentes. Arrojaste la paleta contra mí. Se estrelló en la pared roja. Resbaló dejando un precioso arco iris imperfecto. Te mandé al suelo de una bofetada. Escupí tu cuadro, la saliva resbaló sobre el lienzo como un falso color. Al cabo te fascinaba que transgredieran tu obra ¿no? Me miraste con poco asombro. Tu cabeza rapada brilló extrañamente cuando la luz de un vehículo que circulaba por la avenida entró a tientes. Salí. Metí la mano derecha al bolsillo del abrigo corto sólo para comprobar que había olvidado el celular en la parte trasera del auto de Carlos.

VII

Osvaldo liquidó la cuenta con su tarjeta de crédito. El mesero sonrió con la generosa propina. En el vehículo Carlos apesta a perfume. Había pagado cuatro privados en las dos horas que permanecemos en el lugar. Mujeres distintas todas.

Nunca insisto más de dos veces, me advertiste una noche que nos amanecemos filosofando y pintando. El amor no dura tres años, como dice el francés Frédéric Beigbeder, pienso que a lo mucho puede durar tres meses, aludiste. Por las noches, antes o después de hacer el amor, revisábamos a los existencialistas: a veces Camus, a veces Sastre. Sugeriste que leyera Kierkegaard. Convertíamos mi habitación en nuestro propio mundo: salías de la cama y regresabas con un mate y un cigarro de marihuana. Te irritaba que consumiera polvo. Asegurabas que eso me hacía artificial. Pintábamos. Cada quien en su lienzo. Un día comenzamos un proyecto conjunto. Desfigurado. Ambiguo. Había tres llamadas perdidas en el celular hechas desde mi departamento. Marqué pero no quisiste, o no te atreviste, a levantar el auricular. Tonterías. Seguro ya te habías metido a la cama. Te imaginé dormida, agotada por tu largo peregrinar de ocho días. Entonces comprendí porqué te gustan tanto los gatos, te pareces a ellos, te marchas durante largas temporadas como egoístamente saben hacer. Carlos dijo que ahora sí quería ir a la casa de citas en la Roma. Respondí que era tarde, que me bajaba del auto. Les indiqué cómo llegar hasta el prostíbulo: está en Jalapa 85; tocan tres veces y cuando la voz pregunte qué desean, la clave es gonoreea; afuera hay un enorme letrero que reza Estética Unisex; entren sin miedo, y no olviden solicitar su bebida de cortesía. Caminé unas cuadras después de la Glorieta Insurgentes. La última bebida ordenada en el table, un fernet bastante barato, y el polvo de Dios me provocaron fuertes cólicos. Vomité al amparo de un poste de luz. Manché mi tenis izquierdo. Sentí cómo un hilito de sangre comenzó a bajar por mi fosa nasal derecha e inmediatamente a escurrir por la hendidura de mi labio superior. Me limpié con una de las mangas de mi abrigo. Un grupo de niños mimados, a bordo de un BMW G3, se detuvieron en la luz roja de la esquina. Oían a todo volumen una canción de Marilyn Manson. Levanté la cabeza. Sentí un poco de sangre seca en la barbilla. Me miraron con sarna y entre risas comenzaron a arrojar monedas de un peso. Me cubrí el rostro con los brazos. Cuando la luz encendió verde escuché sus risas perderse tras el rechinar de las llantas. Una moneda había golpeado mi ceja izquierda dejando una pequeña herida. Sentí el celular vibrando en mi pierna. Al querer sacarlo, con torpeza resbaló de mi mano y fue a dar a un charco de agua

puerca a la orilla de la banqueta. Cuando lo rescaté y sequé, el aparato se había estropeado. Pasó largo rato para que un taxi aceptara levantarme.

VIII

Durante el trayecto intuí algo. No supe exactamente qué. Tu llegada, tu partida: quizá ambas traducidas en una eternidad. La nariz comenzó a sangrarme de nuevo; no hice nada por evitarlo. El taxista no me apartaba la mirada por el espejo retrovisor. Presentí que yo también había quedado impregnado de ese olor a perfume de puta. Bajé del taxi. Con la poca luz del pasillo descubrí que la parte frontal de mi abrigo estaba manchada con gotitas de sangre. Sorbí con fuerza y sentí cómo la sangre seca obstruía el paso de la poca sangre fresca que aún se aglutinaba en mi fosa nasal. Extraje de mi bolsillo la llave con la mano temblorosa. El metal tintineó varias veces al chocar contra la chapa. Sentí el olor de tu piel en la fosa nasal que no tenía obstruida. Encendí la luz. No vi rastro alguno en la sala. En el fondo el arco iris imperfecto en la pared. Revisé la habitación y tus cajones estaban revueltos. Aquella noche que te conocí me explicaste que con el cambio de estación te aburrían ciertas cosas: tu apariencia frente al espejo, la pintura, el amor, todo en ese orden. Me senté frente al arco iris imperfecto de la pared roja y comencé a tallar el óleo seco con mis uñas. ■



Antonio Tadeo